

A propósito del Año de la Fe

Félix Álvarez Sagredo, C.M.

1. Introducción

El pasado 11 de octubre el Papa Benedicto XVI convocaba el Año de la Fe con la carta apostólica *Porta Fidei*. Entre otros párrafos, me llama la atención el siguiente:

“Durante este tiempo, dice, tendremos la mirada fija en Jesucristo, ‘el que inicia y consuma la fe’ (Hb 12,2): en él encuentra su cumplimiento todo afán y todo anhelo del corazón humano. La alegría del amor, la respuesta al drama del sufrimiento y el dolor, la fuerza del perdón ante la ofensa recibida y la victoria de la vida ante el vacío de la muerte, todo tiene su cumplimiento en el misterio de la Encarnación, de su hacerse hombre, de su compartir con nosotros la debilidad humana para transformarla en el poder de la resurrección”¹.

En efecto, la carta nos invita a centrar nuestra mirada, la mirada del corazón y de la vida, de modo especial, en la persona de Jesucristo. Y creo que uno de los documentos que más nos puede ayudar en esta respuesta, además de los evangelios por supuesto, es la carta a los Hebreos. Toda la carta, desde el principio hasta el final, habla de la persona de Jesús; de su divinidad y su humanidad; de su pasión, muerte y resurrección, consiguiendo una redención eterna.

Las primeras palabras de la carta sorprenden, porque no siguen la estructura tradicional de ese género literario. Comienza directamente subrayando la superioridad del Hijo de Dios encarnado, y lo hace con una alusión a la Palabra de Cristo mucho más excelente que la palabra de todos los profetas anteriores a él, a quien constituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos; el cual es resplandor de su gloria e impronta de su propio ser.

Las diferencias, de este modo de hablar, se mencionan explícitamente al comienzo de la carta a los Hebreos: el pasado se caracteriza sobre todo por la multiplicidad de personas que hablan en nombre de Dios, y la provisionalidad del contenido; en estos últimos tiempos, la Palabra de Dios nos llega a través del ministerio de una sola persona, Jesucristo, y su mensaje es definitivo y pleno. El contenido de la afirmación es claro.

¹ PF, n. 7.

a toda la humanidad. Ciertamente los términos que Juan utiliza son una muestra de verdadera inculturación en el mundo helenista de los términos clásicos de la tradición hebrea.

La carta a los Hebreos presenta las dos naturalezas de Cristo de forma un tanto insólita. Después de un cúmulo de citas del Antiguo Testamento, tomadas sobre todo del libro de los salmos, que subrayan la superioridad del Hijo sobre los Ángeles, llega a la siguiente conclusión exhortativa: es preciso que prestemos mucha atención a lo que hemos oído para que no nos extraviemos. Evidentemente se refiere al evangelio de Cristo, mencionado al principio con otras palabras. Si la ley, dada por mano de ángeles, según opinión común, sancionaba de tal forma a sus transgresores⁷ ¡cuánto más lo haría la desobediencia a la nueva ley de la misericordia y de la fidelidad dada por Jesucristo! Porque la Ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo. San Pablo, después de analizar exhaustivamente estas dos realidades, Ley y Gracia, concluye en estos términos⁸. Con nadie tengáis otra deuda que la del mutuo amor. La caridad es, por tanto, la Ley en su plenitud.

Pero hay dos pasajes en la carta, donde la humanidad de Cristo aparece palpablemente. Son como la síntesis, el resumen de todo lo dicho anteriormente sobre este asunto; en definitiva, el realismo de la Encarnación. Pues no tenemos, afirma, un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros menos en el pecado. Acerquémonos, por tanto, confiados al trono de gracia, a fin de alcanzar misericordia para una ayuda oportuna. Esta misma idea quedó atestiguada incluso antes de presentar a Jesucristo como Sumo Sacerdote, fiel y compasivo, en estos términos: Por eso tuvo que asemejarse en todo a sus *hermanos*, para ser misericordioso y Sumo Sacerdote fiel en lo que toca a Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo. Pues habiendo sido probado en el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados.

Aquí encaja perfectamente la reflexión de la encíclica "*Dives in Misericordia*" de Juan Pablo II:

De este modo, afirma el Papa, en Cristo y por Cristo, se hace particularmente visible Dios en su misericordia, esto es, se pone de relieve el atributo de la divinidad, que ya el Antiguo Testamento, sirviéndose de diversos conceptos y términos, definió "*misericordia*"⁹.

⁷ Cf. Deut. Cap. 28 bendiciones para los que observan la Ley y maldiciones para los que desoigan la voz del Señor. También cf. Josué 24,25 ss. Mt. Conclusión del sermón de la montaña: 7,21-27.

⁸ Romanos 13,10; cf. Lc. 10,28.37; 1 Cor. 13,13.

⁹ JUAN PABLO II Carta Encíclica "*Dives in Misericordia*", 30 de noviembre de 1980, n. 2

Cristo confiere un significado definitivo a toda la tradición de la misericordia divina. No sólo habla de ella y la explica usando semejanzas y parábolas, sino que además, y ante todo, él mismo la encarna y la personifica. Él mismo es, en cierto sentido, misericordia. A quien la ve y la encuentra en él, Dios se hace concretamente “visible” como Padre “rico en Misericordia”.

Me interesa resaltar, como conclusión a esta primera parte, el realismo verdaderamente impresionante de la Encarnación y la confesión Trinitaria. La convocatoria del año de la fe menciona explícitamente esta necesidad: Profesar la fe en la Trinidad – Padre, Hijo y Espíritu Santo. El relato de la Encarnación del Hijo de Dios encuentra en la carta a los Hebreos tal densidad, que sólo puede parangonarse con el himno que Pablo toma de la tradición primitiva de la Iglesia, para exhortar convincentemente a los miembros de la comunidad a revestirse de los mismos sentimientos de Cristo y vivir fielmente la primacía del servicio y de la caridad.

Este breve fragmento, conclusión de los cinco primeros capítulos de la carta, es como una verdadera profesión de fe de todo el misterio de Cristo. En cuatro pinceladas se describen admirablemente los rasgos más sobresalientes de su identidad; los ruegos y súplicas con fuertes gemidos y lágrimas al que podía librarlo de la muerte son alusiones inequívocas a episodios de su pasión y crucifixión, así como a la oración sacerdotal que el evangelio de Juan coloca al final del discurso de despedida. Tres veces menciona este fragmento su condición de Hijo. La perfección de la obediencia del Hijo hasta la prueba del martirio se convierte en causa de salvación para todos los que le obedecen.

3. Jesucristo, Sumo Sacerdote de las realidades celestiales

La segunda parte de mi reflexión intenta centrarse en tres temas fundamentales del Sacerdocio de Cristo: la superioridad del culto, del santuario y de la mediación. Ciertamente no es la parte que más alusiones encuentre en el documento papal, a pesar de ser el argumento capital de la carta, como repite en varias ocasiones el autor. Pero, al hablar de la persona de Cristo, creo que es importante recordar los contenidos principales de esta parte central, para después extraer las consecuencias prácticas en dos ámbitos particularmente vitales en la vida del creyente: el ámbito del culto y el ámbito del testimonio.

Jesucristo era descendiente de David, por consiguiente no pertenecía a la familia sacerdotal. El autor ha encontrado en la tipología del sacerdote Melquisedec el mejor referente posible para exponer toda la novedad y grandeza del sacerdocio de Cristo. La misma etimología del nombre y de la ciudad donde ejerce su autoridad Melquisedec “rey de justicia” y “rey de la paz” ayudan a comprender mejor toda la exposición, todo su argumento.

Si Abraham ha dado a Melquisedec el diezmo de todo su botín, cuando regresaba de la derrota de los reyes, y Melquisedec le ha bendecido, significa el reconocimiento de su dignidad y la superioridad sobre el sacerdocio levítico, presente de alguna forma en Abraham, de cuya estirpe procederían las doce tribus de Israel. Esta fuerte tipología y simbología se enriquece una vez más con la imagen del resucitado: sin padre, sin madre, ni genealogía, sin comienzo de días, ni fin de vida, asemejado al Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre.

De la extensa argumentación me interesa destacar solamente tres afirmaciones que son, al mismo tiempo, como tres grandes proclamaciones de fe sobre el sacerdocio de Cristo. Partiendo de esta comparación entre el sacerdocio levítico y el sacerdocio a semejanza de Melquisedec, se perciben claramente las diferencias entre uno y otro y la superioridad y excelencia del sacerdocio de Cristo con relación al sacerdocio levítico en tres o cuatro ámbitos concretos y esenciales.

El primer contraste y diferencia se centra en la persona misma y su condición: Cristo, el Sumo sacerdote celestial, es santo, no está rodeado de debilidades y defectos como ocurría con los Sumos Sacerdotes que se sucedían por razón de su muerte; encumbrado por encima de los cielos, no tiene necesidad de ofrecer continuamente sacrificios por sus pecados propios y luego por los del pueblo. Esto Jesús lo ha realizado de *una vez para siempre* ofreciéndose a sí mismo. También aquí la superioridad queda perfectamente demostrada: la Ley instituía Sumos Sacerdotes a hombres frágiles; la palabra del juramento, posterior a la Ley, hace al Hijo perfecto para siempre: Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy¹⁰.

El segundo contraste se refiere al templo. Allí entraba el Sumo sacerdote hasta el Santo de los Santos, una vez al año, para hacer la expiación, derramando sobre el propiciatorio la sangre de las víctimas. Era un templo construido por manos humanas, siguiendo en todo el modelo que le había sido mostrado a Moisés. El templo en el que Jesús entra, *una vez por todas*, no es de fabricación humana, no es de este mundo. En la celebración de la Eucaristía dominical, la comunidad cristiana expresa su fe en estos términos: al tercer día resucitó, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios Padre Todopoderoso. El libro de los Hechos de los Apóstoles describe una representación gráfica de este decisivo y trascendental acontecimiento.

La tercera diferencia se refiere, lógicamente, a la eficacia del sacrificio. Lo que no era capaz de conseguir el rito de la expiación en el santuario del antiguo templo, se realiza plenamente en la muerte de Cristo. Son muchas las expresiones que utiliza la carta para

¹⁰ Cf. Hebreos 5,5; 7,1-3.

enfaticar esta idea: llegado a la *perfección*, se convierte en causa de *salvación eterna* para todos los que creen en él. Cristo ha realizado una redención eterna y universal, una verdadera liberación. Cristo, que por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios, purificará nuestra conciencia de las obras muertas para rendir culto a Dios vivo.

Benedicto XVI, en la segunda parte de su obra *Jesús de Nazaret*, comenta ampliamente algunas de estas citas y estos hechos¹¹. Objetivamente, dice, el evangelio de Juan (especialmente con la teología de la oración sacerdotal) y la Carta a los Hebreos (con toda la interpretación de la Ley cultural en la perspectiva de la teología de la cruz), han desarrollado precisamente estos pensamientos y al mismo tiempo han puesto en evidencia cómo se realiza en la cruz el sentido profundo del Antiguo Testamento – no solamente la crítica cultural de los profetas sino, positivamente, lo que siempre había sido el significado y la intención del culto.

4. La celebración del Año de la Fe

Después de haber reflexionado sobre la persona de Cristo “que inició y completa nuestra fe”, intento comentar las distintas propuestas del documento del Papa, haciendo constantes referencias a la Carta a los Hebreos. Yo diría que son dos los puntos a desarrollar, fundamentalmente, en esta segunda parte de la reflexión: qué es la fe y qué dinámicos concretos está llamada a generar en la vida del creyente, sobre todo en este Año de la Fe.

El autor de la carta a los Hebreos comienza dando una descripción de la fe: la fe, dice, es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven¹². Es verdad que son varios los términos elegidos para traducir las dos palabras clave de esta descripción. Los términos utilizados en las distintas traducciones hablan de sustancia, garantía, fundamento, constancia de las cosas que se esperan; y argumento, demostración o prueba de las cosas que no se ven. La fe se concibe aquí en su aspecto práctico más que especulativo, es decir, en las actitudes que inspira y en las obras que desarrolla y testimonia.

Un pasaje de la primera carta a los Corintios puede arrojar bastante luz al respecto, cuando habla del don de la caridad¹³. También allí se describe esta virtud teologal con todo lujo de detalles, dinámicos y manifestaciones en la vida del creyente. Las tres afirmaciones del

¹¹ BENEDICTO XVI, *Gesù di Nazaret. Dall'ingresso in Gerusalemme fino alla risurrezione*, p. 259.

¹² Cf. Heb. 11,1.

¹³ Cf. 1 Cor. 13.

comienzo subrayan sin ambages la primacía de la caridad: “Si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe; si no tengo caridad, nada soy; si no tengo caridad, nada me aprovecha”¹⁴.

Pablo menciona la caridad en el contexto de los carismas. Y lo hace partiendo de la perspectiva de la unidad dentro de la diversidad. Hay diversidad de carismas, hay diversidad de dones, hay diversidad de ministerios pero es el mismo Dios; es el mismo Señor y es el mismo Espíritu que obra todo en todos. La caridad, como camino más excelente, conduce indefectiblemente hasta el corazón mismo de la verdadera vida: para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos¹⁵. Así concluye la llamada oración sacerdotal de Jesús, en el evangelio de San Juan, conclusión global y coherente de las enseñanzas capitales más vibrantes del Evangelio.

La carta apostólica *Porta Fidei* lo destaca de forma excepcional:

“Es el amor de Cristo el que llena nuestros corazones y nos impulsa a evangelizar. La fe, en efecto, crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo. Nos hace fecundos, porque ensancha el corazón en la esperanza y permite dar un testimonio fecundo: en efecto, abre el corazón y la mente de los que escuchan para acoger la invitación del Señor a aceptar su Palabra para ser sus discípulos”.

5. Cómo celebrar el Año de la Fe

La carta a los Hebreos, después de exponer en la forma ya mencionada lo que es la fe, pasa a hacer el elogio de los grandes testigos de la fe a lo largo de toda la historia de la salvación. En esta perspectiva, destacan como primeras figuras los patriarcas. Quizás el personaje más mencionado sea Abraham como cabeza de estipe del pueblo elegido. Hay todo un canto a la fe de Abraham: por la fe Abraham obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba¹⁶. Por la fe, peregrinó por la tierra prometida como Isaac y Jacob, herederos de las mismas promesas. La misma expresión, es decir, por la fe, se repite como un breve estribillo introductorio en cada uno de los párrafos hasta llegar a la conclusión final: Y todos ellos, aunque alabados por su fe, no consiguieron el objeto de las promesas. Dios tenía ya dispuesto algo mejor para nosotros, de modo que no llegaran ellos sin nosotros a la perfección.

Todos estos testigos de la fe del Antiguo Testamento, fueron menos afortunados que nosotros como nos recuerda el mismo Cristo en su

¹⁴ Ibidem 13,2-3.

¹⁵ Juan 17,26.

¹⁶ Heb. 11,8.

evangelio: “¡Dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos porque oyen! Pues os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron”. Pero quien mejor explica este argumento es sin duda alguna el evangelio de Juan. A él dedica numerosas referencias, bien a partir de signos realizados, bien con ocasión de los diálogos con sus discípulos, o en los fuertes debates con sus adversarios y opositores¹⁷: “En verdad, en verdad os digo: el que escucha mi Palabra y cree en el que me ha enviado, tiene vida eterna y no incurrirá en juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida”. “El espíritu es el que da vida; las palabras que os he dicho son espíritu y son vida”. “Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado. Si alguno quiere cumplir su voluntad, verá si mi doctrina es de Dios o hablo yo por mi cuenta”. “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre”.

Se trata de acentuar una vez más la idea inicial de esta reflexión sobre la persona y el mensaje de Jesucristo. El Dios que Jesucristo revela a toda la humanidad no es el Dios abstracto del pensamiento filosófico; el Dios del orden, la belleza y creatividad originales, aunque se reconcilie perfectamente con esa visión objetiva de la realidad; el Dios que Jesucristo nos revela es el Dios de la creación y de la historia, el Dios Uno y Trino, el Dios de la Revelación positiva, el Dios de la Palabra y del diálogo constante con la humanidad y con cada una de las personas, a través del evangelio de Cristo y su presencia constante entre nosotros mediante la infusión y recreación permanentes del Espíritu.

Después de presentar los testigos más elocuente de la primera parte de esa historia de la salvación, el autor de la carta a los hebreos llega a esta afirmación verdaderamente única y concluyente, como si se tratará de una evidencia insoslayable al final de una catequesis completa, sin lagunas de contenido ni de formas:

“Por tanto, también nosotros, teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe... Fijaos en aquel que soportó tal contradicción de parte de los pecadores, para que no desfallezcáis faltos de ánimo. No habéis resistido todavía hasta llegar a la sangre en vuestra lucha contra el pecado”¹⁸.

¹⁷ Cf. Juan 5,24; 6,63; 7,16; 14,6.

¹⁸ Heb. 12,1-3.

6. La Obra de la Fe

Me gustaría abrir esta sección con un testimonio elocuente de la primera carta de Pablo a los Tesalonicenses. Un testimonio que nos habla de la vitalidad de aquella comunidad. Pablo saluda a los miembros de la Iglesia local, esa porción del nuevo pueblo de Dios, con palabras llenas de entusiasmo y júbilo. Ciertamente no le faltan motivos, algunos de los cuales mencionará explícitamente. Yo me referiré solo a dos que, en la perspectiva de la última exhortación de la carta a los hebreos mencionada en el párrafo anterior, despliega todo un capítulo de opciones, prioridades y alternativas complementarias cristianas, tanto en el ámbito personal como en el ámbito de las dimensiones comunitarias y sociales de la fe.

Con esto no se sugiere absolutamente nada sobre el autor material de la carta a los Hebreos, pero es obvio resaltar que ambas suscitan cierta afinidad en muchos aspectos. Lo que motiva en Pablo la acción de gracias al Señor por los tesalonicenses es, entre otros hechos principales, “la obra de vuestra fe”¹⁹. “Por vuestra parte, os hicisteis imitadores nuestros y del Señor, abrazando la Palabra con gozo del Espíritu Santo en medio de muchas tribulaciones... Partiendo de vosotros, en efecto, ha resonado la Palabra del Señor y vuestra fe en Dios se ha difundido por doquier... que el Señor os haga progresar y sobrea-bundar en el amor de unos con otros, y en el amor para con todos”.

Con la mente y el corazón puestos en la exhortación final de la carta a los Hebreos, el estímulo y ejemplos de tantos testigos de la fe, tanto en el pasado como en los momentos actuales, y, sobre todo, puesta nuestra mirada en el que inicia y completa nuestra fe, Cristo Jesús, veamos los ámbitos concretos y específicos con sus acciones correspondientes, mencionados en el Motu proprio *Porta Fidei*, para la celebración del Año de la Fe.

6.1. La Palabra de vida

Yo me limitaré a comentar tres ámbitos solamente. En primer lugar, el ámbito de la Palabra. Pablo VI, afirma el documento, proclamó un año de la fe en 1967. Pensaba que de esta manera toda la Iglesia podría adquirir una “exacta conciencia de su fe, para animarla, para purificarla, para confirmarla y para confesarla”²⁰. La invitación de Benedicto XVI en este ámbito concreto es también clara y exigente:

Deseamos que este *Año* suscite en todo creyente la aspiración a confesar la fe con plenitud y renovada convicción, confianza y

¹⁹ 1 Tesalonicenses 1,3.6; 2,12.

²⁰ PF, n. 4.

esperanza. “Con el corazón se cree y con los labios se profesa” (cf. *Rm 10,10*). El corazón indica que el primer acto con el que se llega a la fe es don de Dios y acción de la gracia que actúa y transforma a la persona en lo más íntimo.

Argumentos ciertamente muy repetidos tanto en la revelación como en el magisterio. Para no ser prolijo en lo que al magisterio se refiere, sólo quiero subrayar un acontecimiento de profundo significado doctrinal y pedagógico. Me refiero a la temática de los dos últimos sínodos de los obispos: “La Palabra de Dios en la vida y la misión de la Iglesia,” del Sínodo celebrado del 5 al 26 de octubre de 2008, y “La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana” del último Sínodo celebrado del 7 al 28 de octubre de 2012. Se trata, entre otras muchas cosas, de descubrir la certeza, la alegría y la belleza de la fe; de experimentar de alguna manera ese encuentro personal y comunitario con Cristo y su Evangelio; de familiarizarse con la Palabra de Dios para descubrir toda su capacidad transformadora y formativa, y el nuevo y amplio horizonte que nos revela e ilumina. Como afirma la exhortación apostólica *verbum Domini*:

“Cada hombre y cada mujer se presenta como el destinatario de la Palabra, interpelado y llamado a entrar en este diálogo de amor mediante su respuesta libre. Dios nos ha hecho a cada uno capaces de escuchar y responder a la Palabra divina. Estamos verdaderamente llamados por gracia a conformarnos con Cristo, el hijo del Padre, y a ser transformados por Él”²¹.

Este primer ámbito, fundamental, implica todo un mundo a descubrir. La Palabra revelada, meditada y orada a la luz del misterio de Cristo, muestra claramente la naturaleza y el valor auténtico de las cosas creadas y su relación con las cosas trascendentes y espirituales. Una comprensión verdadera de la legítima autonomía de las cosas creadas no debe negar jamás el valor de relación de esas mismas cosas. Todo esto repercutirá positivamente en beneficio del ser humano y su pleno desarrollo.

El evangelio es rico en todo tipo de enseñanzas en este campo, para vivir con rectitud, justicia, y solidaridad con todos. Si la persona humana es la obra suprema de la creación, hacia ella deben converger todos los demás bienes para que pueda realizar plenamente su vocación en este mundo y ser profecía del mundo nuevo en Cristo. Como dice Juan Pablo II en su convocatoria del Gran Jubileo del año 2000²²:

²¹ VD, n. 22.

²² JUAN PABLO II, “*Incarnationis Mysterium*”, 1.

“La Encarnación del Hijo de Dios y la salvación que Él ha realizado con su muerte y resurrección son, pues, el verdadero criterio para juzgar la realidad temporal y todo proyecto encaminado a hacer la vida del hombre cada vez más humana”.

6.2. La reconciliación

Creo sinceramente que este segundo ámbito es en parte consecuencia lógica del anterior. Una de las expresiones más alentadoras, estimulantes y bellas, es la afirmación que encontramos en la carta a los Efesios: “Jesucristo es nuestra paz”²³. Él ha derribado el muro que nos separaba para crear en sí mismo un solo Hombre Nuevo, haciendo la paz, y reconciliando a ambos en un solo Cuerpo. Las exhortaciones a celebrar y vivir la reconciliación son constantes en la Palabra de Dios. La paz, en el pensamiento y cultura semitas, es el conjunto y la plenitud de todas las bendiciones; lo que de verdad colma el corazón del ser humano, es decir, el orden y belleza interior, y el orden externo y social, fruto de la justicia.

El evangelio proclama bienaventurados a los que trabajan por la paz. La idea de la reconciliación y de la paz evoca no sólo muchos pasajes de la revelación en forma de súplicas, parábolas, exhortaciones²⁴, sino que nos recuerda, también, una doctrina amplia, completa y constantemente renovada como es la Doctrina Social de la Iglesia. La Doctrina Social de la Iglesia puede y debe constituir, juntamente con el Evangelio, de donde toma su inspiración principal, además del análisis de la realidad, los signos de los tiempos y sobre todo los anhelos y aspiraciones legítimos de los hombres y mujeres de cada época histórica, un instrumento válido de evangelización. ¿Acaso no son estas, las aspiraciones legítimas de las personas y de los pueblos, sobre todo de los pobres y de los que más sufren, el signo que más interpela a la Iglesia de nuestro tiempo?

Por supuesto, la reconciliación de la que aquí se habla, comprende todas las dimensiones de la persona, y los diversos escenarios donde el individuo ejerce su acción, sean los espacios familiares, profesionales, sociales. Es decir, desde una respuesta a esa invitación de Pablo: en nombre de Cristo os suplicamos: reconciliaos con Dios; hasta la reconciliación con los semejantes, con la sociedad y con la creación. No creo que se trate de una fantasía; la invitación repetida tantas veces por el magisterio reciente de la Iglesia a tomar conciencia de la cuestión social y de la dimensión mundial de esta problemática, no deja lugar a dudas. Evidencia esto mismo los nuevos escenarios o retos señalados

²³ Efesios 2,14 ss.

²⁴ Cf. Lc. 15,11 ss.; Juan 3,16 ss.; 2 Cor. 5,19-20; Salmo 85,11.

en los *Lineamenta* para el Sínodo de los obispos sobre la nueva evangelización: la profunda secularización, el gran fenómeno emigratorio, los crecientes desequilibrios económicos, y la investigación científica y técnica entre otros.

6.3. La caridad

Tanto *Forta Fidei* como la carta a los Hebreos van de la mano al acentuar la necesidad de vivir fielmente la caridad. He aquí las palabras de Benedicto XVI:

“El Año de la Fe será también una buena oportunidad para intensificar el testimonio de la caridad. La fe sin la caridad, nos recuerda con San Pablo, no da fruto, y la caridad sin fe sería sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente, de modo que una permite a la otra seguir su camino. Gracias a la fe podemos reconocer en quienes piden nuestro amor el rostro del Señor Resucitado. ‘Cada vez que lo hicisteis con uno de estos conmigo lo hicisteis’. Sostenidos por la fe, miramos con esperanza a nuestro compromiso en el mundo, aguardando unos cielos nuevos y una tierra nueva en la que habite la justicia”²⁵.

Procurad la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor, escuchamos en la carta a los Hebreos. “Permaneced en el amor fraterno. No os olvidéis de hacer el bien y de ayudaros mutuamente; esos son los sacrificios que agradan a Dios”²⁶. Para nosotros, vicencianos, esta dimensión o ámbito de la celebración del año de la fe no puede realizarse si no es a través de un compromiso cada día más sólido y eficaz con la causa de los pobres. Esa debe ser siempre nuestra misión: la evangelización de los pobres haciendo efectivo el evangelio. Hoy somos conscientes de las exigencias de la caridad aplicadas a nuestro carisma específico: buscar con valentía, humildad e inteligencia las causas de la pobreza y aportar soluciones concretas, eficaces y adaptables. Al hacer esto trabajaremos eficazmente por los pobres y por la credibilidad del evangelio y de la Iglesia.

7. Conclusión

El propósito último de la celebración del *Año de la Fe* no tiene fecha de caducidad. Porque una cosa son las distintas reflexiones, actividades y celebraciones, a lo largo y ancho de todo este periodo, y otra muy distinta el fruto que todo ello está llamado a producir. No se trata de un fruto efímero y pasajero; se trata en definitiva de un esfuerzo

²⁵ Cf. *Porta Fidei*, n. 14.

²⁶ Heb. 12,14; 13,1.16.

personal y colectivo que nos ayude a ser lo que estamos llamados a ser como cristianos, en todas las dimensiones de nuestra vocación. Como el mismo Benedicto XVI dice al final:

“Que el Año de la Fe haga cada vez más fuerte la relación con Cristo, el Señor, pues sólo en él tenemos la certeza para mirar al futuro y la garantía de un amor auténtico y duradero”.